

No me gustan las plumas

GIO FORNIELES

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

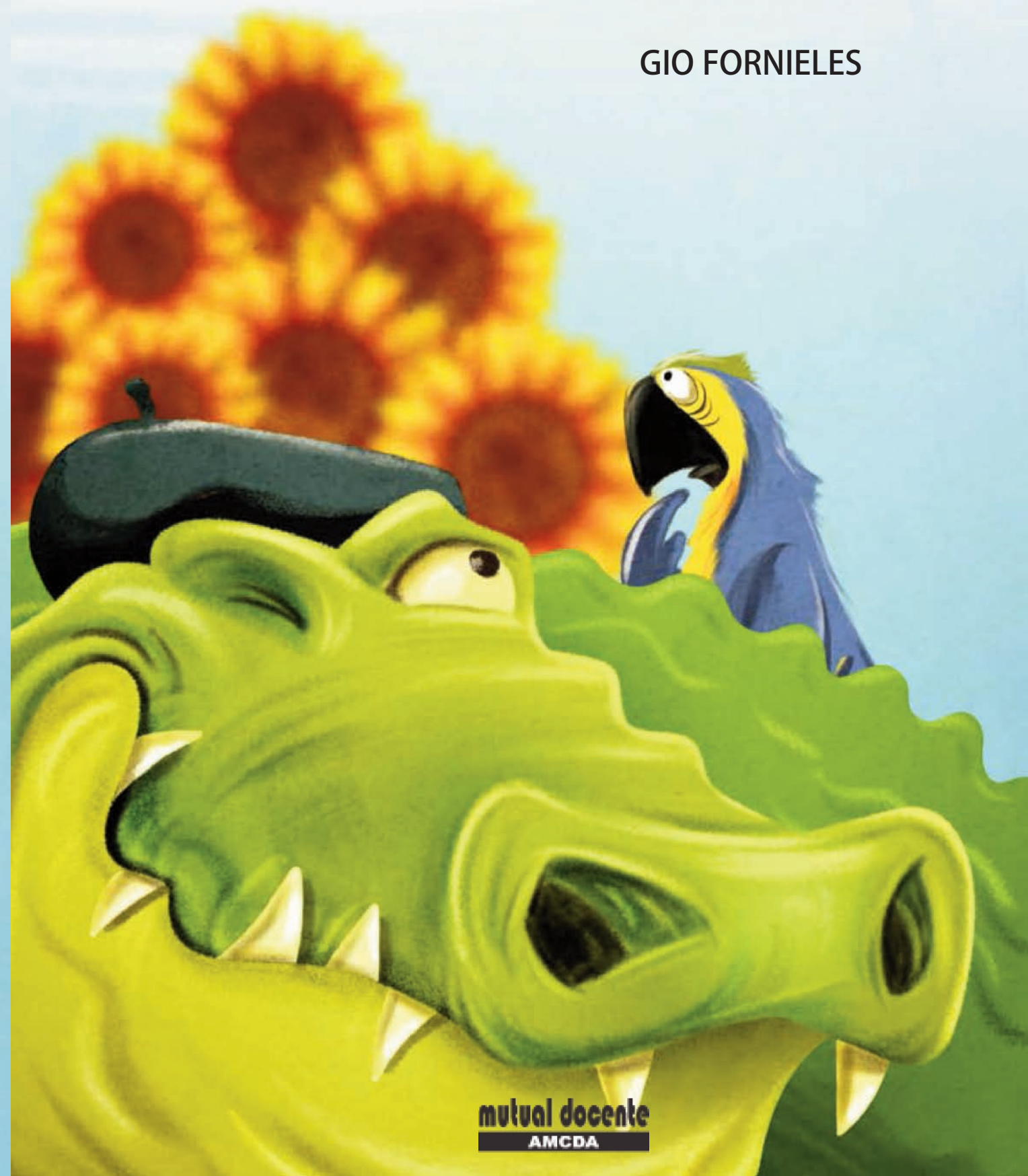
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS E ILUSTRACIONES

GIO FORNIELES

COLECCIÓN 2017 - CUENTO N° 4



Los demás animales le decían Don Coco, por “cocodrilo”, pero en realidad era un caimán. Ninguno se tomaba la molestia de pensar que los cocodrilos y los caimanes no son lo mismo: la mayoría eran muy haraganes para pensar cosas que nunca antes habían pensado.

Don Coco vivía a orillas de una isla tropical en un espacio amplio junto a la playa, que cuidaba con mucha dedicación.

Además de dormir la siesta echado al sol, le gustaban las plantas. Se decía que era un caimán jardinero, y el orgullo más floreciente que tenía era su planta de girasoles. Le encantaba ver esas enormes flores acudiendo al llamado del sol, como con la cabeza en alto. Realmente parecían estrellas que amanecen de sus tallos.

Desde lo alto de una palmera, en la selva lindante, un guacamayo forastero sabía muy bien lo que eran esas tortas doradas colmadas de sabrosas semillas.





Venía hambriento desde la isla vecina y no se le podía haber aparecido mejor banquete frente a sus ojos. Pero así como conocía los girasoles también conocía a los caimanes y la fama de sus fuertes mandíbulas. Desde allí lo veía como un fiero bicho que los cuidaba celosamente. ¿Cómo hacer entonces para darle una probadita a esos manjares?

Después de dudar un rato no le quedó otra opción que enfrentar el peligro. Se acercó con cuidado hasta que Don Coco abrió un ojo recién despertado de la siesta y lo miró. Al guacamayo se le heló la sangre pero dijo:

-Buenas tardes, caballero. ¡Qué hermoso jardín de girasoles tiene usted! -dijo el emplumado.

-Muchas gracias. Y... dígame: ¿Qué anda haciendo por acá?

-Vengo volando desde la isla de enfrente. ¡Me llamo Venancio y estoy muerto de cansancio!

Al lagarto le causó mucha gracia la ocurrencia de la rima y mostró enormes sus dientes en una gran risotada.

El loro se tranquilizó por el buen humor de la bestia, aunque se inquietó al ver semejante boca que podía triturarlo de un bocado. Entonces miró los girasoles con sus pepitas, respiró profundo para darse ánimos y recompuso su sonrisa:

-Pues vea, caballero -volvió a la carga el avechucho, con una reverencia- me preguntaba si en su infinita bondad no me haría el enorme favor de convidarme algunas semillas de tan espléndidos girasoles que usted bien supo cuidar. A cambio, claro está, le retribuiré con algo que sea menester de vuestro interés.



Don Coco se confundió un poco con tanta palabrería pero pudo entender la propuesta. Mucho no le gustó la idea pero creyó que también podía tener un beneficio de aquello:

-De acuerdo, yo le dejo comer uno de mis girasoles pero primero usted me limpia los dientes. El pajarillo que lo hacía ya no viene mucho por aquí. ¿Qué le parece?

-¿Ud. dice que quiere que me meta adentro de su bocaza? ¡Y cómo sé que no va a comerme?

-¡Tranquilo, forastero! Sepa que no me gustan para nada las plumas. Se lo aseguro. - dijo el buenazo de Don Coco.

El loro tragó saliva porque se le hizo agua la boca: por pensar en los girasoles y por el miedo a ser comido. Así que juntó coraje y entró decidido en la boca del lagarto para comenzar su labor.

Fue tanta su mala suerte que, mientras inspeccionaba de cerca los dientes, su larga cola guacamaya, empezó a hacerle cosquillas al caimán en su nariz. De pronto el lagarto comenzó a tener espasmos cada vez más fuertes en la respiración. El terror de muerte lo tenía paralizado al pobre Venancio, hasta que

¡¡¡AH AH AH AAAAAATCHUUUUUUÚS!!!

Las plumas provocaron un estornudo tan fuerte que, sin querer, Don Coco expulsó al guacamayo como una bala de cañón hasta la isla vecina.

El caimán, mirando la otra orilla, deseaba que el loro no se haya lastimado y que algún día regresara a buscar el girasol lleno de semillas que lo estaría esperando:

-Pobre bicho... yo le dije que no me gustaban las plumas.

FIN

